

## CAMBIO DE PERSONALIDAD

- ¿Qué te he hecho yo para merecer este castigo? - pensaba Ramón mientras se estrujaba el pelo desesperado con ambas manos -. Si no me hubiese roto la pierna, ahora no estaría cojo y ocuparía el lugar de Eduardo. Yo era mejor que él, mucho mejor, tenía un talento natural. Era capaz de anticiparme a mi adversario y devolver la pelota en el sitio justo, donde yo quería, pero toda mi carrera se trocó en un instante por culpa de aquel maldito accidente de coche. Mi rodilla, destrozada, nunca podrá recuperarse y no se puede ser un buen tenista estando cojo.

Ramón apoyó el rostro entre los brazos ocultándolo. Incapaz de contener por más tiempo las lágrimas rompió a llorar como si de un niño se tratara en lugar del joven de diecisiete años que realmente era. Mientras lloraba no hacía más que repetir:

- Concédeme otra oportunidad, por favor, quiero demostrar a todos lo que valgo. Concédeme otra oportunidad, concédeme otra oportunidad...

Y puede ser que el diablo ese día estuviese ocioso o que un ángel pasará por allí, pues alguien o algo se compadeció de semejante llanto y con un chasquido de dedos, como si se tratase del genio de la lámpara, le concedió su deseo: cambiaría su espíritu por el de Eduardo, al que tanto parecía envidiar. Pero más que un ángel supongo fuese diablo pues mientras llevaba a cabo la operación de cambio una sonrisa cruel sus labios mostraban. Y por culpa del deseo de Ramón, a la mañana siguiente Eduardo despertó dentro del cuerpo de Ramón y éste dentro del de Eduardo.

Cuando Eduardo abrió los ojos no reconoció la habitación en donde se encontraba. Al ver la ropa, que siempre solía tener bien colocada y arreglada en el armario y en la silla, toda desperdigada por el suelo llena de manchas de chocolate y grasa - cosa que le sorprendió muchísimo pues el régimen que llevaba le prohibía abusar del primero y probar el segundo - se levantó para colocarla en su sitio: la lavadora. Mas al intentar incorporarse de la cama sintió cómo las fuerzas le fallaban, cayendo irremediabilmente al suelo. La rodilla comenzó a dolerle mucho. Como generalmente solía tener agujetas por culpa del intenso entrenamiento al que se sometía no le dio mucha importancia levantándose, pero de nuevo sintió una debilidad como nunca antes había sentido y siendo incapaz de mantenerse en pie se dejó caer en la cama. Fue en ese momento cuando se fijó en el grosor nada habitual de sus dedos, en el inmenso tamaño de sus piernas, pero sobre todo lo que más le llamó la atención fue observar la amplitud de su barriga. Si bien todo esto le sorprendió bastante, pues tenía una constitución atlética desde hacía más de cinco años, no le preocupó tanto como cuando pudo ver su rostro reflejado en un espejo colgado de la pared: lo reconoció al instante como el de Ramón, uno de los compañeros de su clase. ¿Por qué se encontraba en el cuerpo de Ramón?

Eduardo, de carácter bastante templado, no se dejó llevar por el pánico al comprobar no hayarse dentro de su propio cuerpo. Lo primero que pensó fue encontrarse dentro de una pesadilla, pero tuvo que desechar semejante idea después de abrirse una pitera al golpearse contra la pared. Se daba cuenta de que sería totalmente inútil intentar explicarle a alguien que era Eduardo y no Ramón, pues lo más probable es que le tomaran por loco e incluso pudieran llegar a intentar encerrarle en un manicomio. Y, la verdad sea dicha, no le molestaba demasiado haber cambiado de cuerpo, aunque si le hubieran dado a escoger habría preferido uno que estuviera un poco más en forma. Su cuerpo verdadero le estaba empezando a generar demasiados problemas. Él era un apasionado del tenis, le encantaba jugar, toda su vida giraba en torno

suyo y por ello, sin quererlo, había ido ganando todo tipo de competiciones: desde las locales hasta las nacionales, convirtiéndose en un ídolo para muchos jóvenes de su edad. Y eso cada vez le molestaba más. Le gustaba pasar desapercibido, pasear por la calle sin que nadie se girase al verlo venir y dijese: mira, es Eduardo, la promesa del tenis español. ¿Promesa? Él no quería ser promesa de nada. Él jugaba por jugar, por supuesto que quería ganar, pero si no lo hacía no le importaba. Entrenaría más duro para la revancha y vencería, pero no porque tuviese un montón de fans detrás suyo instigándole continuamente a ganar. No, simplemente porque él quería hacerlo. Pero cuando quedó vencedor en el campeonato nacional la cosa cambió. A su casa comenzaron a llamar patrocinadores de todo tipo para que los representase en las competiciones y sus padres habían aceptado. Cada vez jugaba menos por puro placer, viéndose presionado a ganar por sus padres, por sus amigos, por sus fans, por sus patrocinadores... Y lo peor de todo es que carecía de amigos. Cuando no era famoso sabía quién se acercaba a él porque le caía bien o mal, pero ahora la mayoría buscaba al tenista y no a Eduardo. Estaba cansado de esa vida que no quería vivir y veía este cambio de cuerpo como una segunda oportunidad. Aunque para estar satisfecho de él tendría que entrenar un poco. El problema es que si mal no recordaba el cuerpo de Ramón estaba cojo. Iría al médico para ver si le daban alguna posibilidad de curación. Ya vería.

Después de buscar durante más de media hora unos pantalones y una camisa limpios y recoger toda la ropa para ponerla a lavar, salió a desayunar. Su madre (bueno, realmente la madre de Ramón) ya le había preparado el desayuno: huevos fritos con chorizo, seis tostadas y un bol lleno de cereales. Casi se desmaya al ver tal cantidad de comida. Estuvo a punto de rechazarlo, pues por las mañanas no solía tomar más que un vaso de leche con unas galletas, pero optó por no hacerlo. Se daba cuenta de que si cambiaba de repente los hábitos alimenticios su madre pensaría que se encontraba malo e insistiría en que comiese todavía más. Además, pensó que aunque él aborrecía semejante desayuno no podía cambiar de repente los hábitos alimenticios de su nuevo cuerpo. Tendría que irlo haciendo poco a poco. Con bastante esfuerzo logró comérselo todo dejando únicamente una tostada.

- ¿Estas malo? - preguntó amedrentada su madre -. ¿No quieres más?

- No, gracias mamá - respondió -. Creo que ya estoy demasiado gordo. Voy a ir al médico para ver si me pone a dieta. Quiero adelgazar, cada vez me cuesta más moverme.

Su madre se limitó a callar, mirándole. Su hijo era muy cabezota y de nada serviría decirle que ya había olvidado la cantidad de veces que había intentado adelgazar y había fracasado.

Tras el desayuno, Eduardo se despidió de su madre, dirigiéndose a clase. Al no estar acostumbrado a cojear tardó más de lo que solía tardar Ramón en llegar al aula.

El despertar de Ramón fue muy diferente al de Eduardo. Cuando se vio en una habitación desconocida con un cuerpo esbelto y atlético dio, literalmente, saltos de alegría. Se arrodilló en el suelo y juntando ambas manos dio gracias a Dios, la virgen, y a todos los santos que se le ocurrió. Pero su euforia llegó a la cúspide cuando al entrar en el cuarto de baño vio en el espejo que el cuerpo que ocupaba era del tan envidiado Eduardo. Sin dudarle un instante se desnudo por completo y miró palmo a palmo cada uno de sus músculos, cada trozo de piel, cada cabello. No dejó ni una parte de su cuerpo sin inspeccionar. Se acariciaba el estómago buscando los michelines y al no hallarlos disfrutaba del máximo placer. Y continuamente miraba hacia abajo y se maravillaba al comprobar que había gente capaz de verse la punta

de los dedos de sus pies. Y se tocaba el pecho, admirándose de lo duro que lo tenía. Su cuerpo estaba perfectamente formado, no tenía ni de más ni de menos.

Después de estar más de una hora en el servicio, cuando su madre (la madre de Eduardo) le hubo increpado varias veces para que saliera a desayunar, Ramón dio por finalizada su sesión de egocentrismo y vistiéndose salió con una sonrisa de completa felicidad que se trocaría en desencanto al ver el desayuno que le tenían preparado: un vaso de leche con apenas cinco galletas. Durante unos instantes dudó si debería conformarse con esa escuálida comida, pero desechó tal idea pensando que hoy era un día especial y tenía que celebrar por todo lo alto el principio de su nueva vida como triunfador. Así que, con la máxima educación que le fue posible, pidió a su madre le preparara unos huevos con bacon, un bol con cereales y unas cuantas tostadas, que mínimo que seis. Su madre le miró con ojos desencajados, pero conociendo lo equilibrado que había sido toda su vida su hijo y lo mucho que cuidaba su cuerpo, accedió a prepararle todo confiando en que sabía lo que hacía y no tiraría por la borda todos los años de duro entrenamiento.

Ramón devoró la comida. La saliva le caía por la barbilla mientras masticaba y gota a gota le iba manchando la camisa. Su madre, al observar tal hecho, sabiendo lo impoluto que solía ir fue a por ropa para que se cambiara.

- Toma, anda - le dijo ofreciéndole una camisa limpia -, cámbiate que te has manchado.

Ramón miró hacia el lugar a donde apuntaba el dedo de su madre y viendo una pequeña manchita le replicó:

- ¡Bah, no es nada! Me voy así.

Si hubiera aparecido Medusa en ese instante la madre no habría quedado más petrificada de lo que quedó al escuchar las palabras de su hijo. ¡Pero si él nunca había soportado la más mínima mancha! Porque veía que se trataba de su queridísimo hijo Eduardo, sino habría jurado que se lo habían cambiado. Pero no había duda, era él. Con los ojos inundados de duda le vio marchar hacia clase, más contento y feliz de como solía ir.

Durante el recreo Eduardo fue en busca de Ramón para ver si le podía dar una explicación de lo que les había ocurrido.

- Ni lo sé, ni me importa - respondió Ramón -. Sólo sé que el destino ha sido generoso conmigo dándome otra oportunidad. Si no hubiese sido por el accidente, nunca me habría quedado cojo, y ahora yo ocuparía tu lugar. Porque yo soy mucho mejor que tú, siempre lo he sido. Lo que pasa es que hasta hoy el destino te ha favorecido a ti, no a mí. Pero ahora las tornas han cambiado. Voy a demostrarles a todos que valgo mucho más que tú. Quédate ahí y mira, porque es lo único que vas a poder hacer. Mira cómo me llevo todos los premios, como me convierto en número uno mucho antes de lo que tú lo hubieras logrado. Mira y siente envidia. Ahora es mi turno. Espero que te pudras como lo he estado haciendo yo todos estos años.

Y con estas palabras se marchó a clase. Eduardo tenía claro que no encontraría nunca ayuda por parte de Ramón. Además, lo más probable es que tuviera que vivir en su nuevo cuerpo para todo el resto de su vida. Decidió no lamentarse por nada y visitar inmediatamente al médico.

Por la tarde, Ramón acudió al entrenamiento con el cuerpo de Eduardo. Al entrar, se dejó llevar por el placer de sentir entrar en sus oídos los chillidos de un montón de fans que le esperaban con impaciencia. Era famoso. Siempre había sabido que había nacido para hacer grandes cosas y ahora parecía haber encontrado el lugar que le correspondía por derecho en la vida.

Él, mientras jugaba al tenis, no tenía intención de hacer como el panoli de Eduardo, de correr todas las pelotas, sino simplemente correría las que le apeteciera. Él le daba mil vueltas a Eduardo no necesitando ir de un lado para otro con la lengua fuera, cansándose de forma innecesaria. Jugaría con sus contrincantes, les colocaría la pelota donde quisiera, haciéndoles correr, haciéndoles sufrir, para luego aplastarlos completamente. Esa era su táctica.

Le sorprendió lo bien que respondía el cuerpo de Eduardo. Si bien no conseguía devolver todas las pelotas, según Ramón porque todavía no estaba acostumbrado a su nuevo cuerpo, atinaba la mayor parte de ellas. La fuerza con la que pegaba a la pelota era increíble. Con su verdadero cuerpo nunca había conseguido pegar tan fuerte, pero eso era en su opinión porque estaba falto de entrenamiento por culpa de la cojera. Si no seguro que le habría dado mucho más fuerte.

Al poco rato de comenzar el entrenamiento Ramón sintió un mareo cayendo al suelo de bruces. El médico, asustado, acudió al instante en su auxilio. Después de examinarlo, con voz severa le diagnosticó un simple empacho, aconsejándole no se tomase a la ligera su alimentación. Tenía que seguir a raja tabla la dieta, no pudiendo saltársela ningún día.

Ramón, con la cabeza baja y sin pronunciar palabra, asintió con el doctor, pensando en su interior que por un día que comiese lo que quisiese no iba a pasar nada. Después se marchó a su casa.

- ¿Habría alguna forma de eliminar por completo la cojera? - preguntó Eduardo después de aceptar la invitación de su médico de cabecera a sentarse - Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por poder volver a andar correctamente.

- Me sorprende mucho que me preguntes eso - respondió el doctor -. En varias ocasiones te he hablado de la posible cura, pero siempre la has rechazado diciendo que sería una tontería albergar alguna esperanza donde no la hay. Claro que puedes volver a andar perfectamente y la cura no es nada complicada: una sencilla operación corregirá la leve lesión de tu rodilla. Lo más duro será la rehabilitación, pero si tienes la suficiente fuerza de voluntad - aquí, de forma involuntaria, sus facciones hicieron un guiño indicando no creer para nada en su paciente - podrás volver a correr.

Después de concertar el día de la operación, Eduardo salió lleno de esperanza a la calle. Sabía que nadie creía en él, normal puesto que Ramón carecía por completo de fuerza de voluntad. Pero él era todo lo contrario. Estaba habituado al duro entrenamiento y la pasión que sentía por el tenis le motivaba a seguir hacia delante. Además, ahora se sentía mucho más vivo que cuando habitaba su verdadero cuerpo. Esa mañana había dejado, ante la admiración de su madre, los huevos con tocino, limitándose a comer las tostadas con los cereales. Todavía consideraba que desayunaba demasiado, pero era consciente de que tenía que ir adecuando poco a poco a su nuevo cuerpo a su estilo de vida. Y, de hecho, su nuevo cuerpo se revelaba haciéndole sentir un hambre terrorífica, hambre que servía para agudizarle los sentidos. Se

encontraba excitado como nunca antes lo había estado, luchando continuamente contra sus propios instintos (o los de Ramón, pues no lo tenía muy claro).

Eduardo se daba cuenta de que el entorno en que vivía no era precisamente el más adecuado para volver a jugar al tenis. Sus nuevos padres, si bien muy cariñosos y atentos, se encontraban muy preocupados viendo que su hijo apenas si comía, y eso que en opinión del joven todavía comía tres veces más de lo normal. Acostumbrados a verlo todo el día tumbado en el sofá, delante del televisor con una bolsa de patatas en una mano y un refresco en la otra, no levantándose nada más que para ir al servicio y esto haciéndolo muy a duras penas, no daban crédito a sus ojos al comprobar que ahora apenas si paraba en casa y rechazaba la mayor parte de la comida que le daban. Eduardo había empezado a entrenar, muy lentamente porque sabía que su nuevo cuerpo estaba completamente atrofiado por la falta de ejercicio. Comprobó que la rodilla no le daba muchas molestias para andar, aunque sí para correr, y comenzó a dar paseos todos los días con la finalidad de ir fortaleciendo las piernas y el corazón. Para hacer otro tipo de ejercicios esperaba a estar operado.

Dándose cuenta pues, de que sus nuevos padres nunca creerían en él, pensó que lo mejor sería solicitar una beca para estudiar en el extranjero y allí, donde nadie le conociera, ponerse a entrenar en serio. Y así lo hizo. Sus padres no se opusieron a ello, aunque se extrañaron mucho de que quisiera viajar cuando toda la vida había sido muy casero. El plan trazado consistía en lo siguiente: Eduardo se operaría y se iría a una clínica de Barcelona para hacer la rehabilitación. Si no se quedaba en su casa era para poder empezar los entrenamientos cuanto antes. Al cabo de los seis meses, se iría a Londres a estudiar durante un año, transcurrido el cual volvería a casa de sus padres.

La operación, como predijo el doctor, fue sencilla, no teniendo ninguna complicación. A pesar de no ser sus verdaderos padres, Eduardo estuvo a punto de llorar viendo el llanto lastimero de su madre en la estación de autobuses.

- No llores, por favor - le dijo -. Que no me voy a la guerra. Además, seguiremos en contacto, y si me necesitáis para cualquier cosa volveré inmediatamente.

Tras un tierno abrazo, se despidieron.

La rehabilitación fue bastante más dura de lo que esperaba. El fisioterapeuta parecía disfrutar apoyando y empujando con todo su cuerpo sobre su pierna doblada sobre su pecho. Los primeros meses apenas si podía doblarla, pero poco a poco fue ganando flexibilidad, hasta que al final consiguió doblarla por completo. A veces las lágrimas producidas por un intenso dolor manaban de sus ojos, lágrimas solitarias, nunca acompañadas por quejido o sollozo. El fisioterapeuta se maravillaba de su entereza: nunca nadie había aguantado tanto el dolor. Si tan siquiera se hubiera quejado... pero, no, se limitaba a llorar sin decir nada. Otra de las cosas que le llamaba la atención fue el cambio que iba experimentando su paciente según transcurrían los meses. Cuando llegó era un chico rollizo, tirando a obeso. Pero después de seis meses era un chico gordito, tirando a delgado. La enorme barriga había ido desapareciendo misteriosamente. Donde antes había grasa, ahora se veían un montón de músculos fofos, carentes de fuerza. Y es que Eduardo, después del primer mes que se había dado para adaptarse a su nuevo cuerpo, había comenzado una estricta dieta. Sin embargo, mientras no tuviera bien la rodilla no quería empezar a entrenar sus músculos para evitar desarrollar más unos que otros. Había decidido usar el período de la

rehabilitación para perder todo el peso sobrante, y usar el año en el extranjero para fortalecer sus músculos, recuperar la agilidad de su antiguo cuerpo y volver a jugar al tenis.

Sus padres fueron a despedirle al aeropuerto. Apenas si pudieron reconocerle: su cojera al desaparecer parecía haberse llevado con ella su exceso de peso y sus continuas quejas. A veces la madre, viendo el nuevo brillo en los ojos de su hijo, dudaba de si realmente se trataba de él. Pero estaba claro que era él, más delgaducho quizás, en mejor forma física, pero era seguro que era su queridísimo hijo. La escena que meses anteriores sucediera en su ciudad natal se volvió a repetir. Las lágrimas apenas contenidas de la madre hirieron el corazón de Eduardo. Pero tenía que irse si quería entrenar sin ningún tipo de interferencia. De esa forma nadie intentaría desanimarle. El desánimo era su único enemigo y haría cualquier cosa para evitarlo.

El año transcurrió tranquilamente. El entrenamiento de Eduardo fue dando sus frutos. Al cabo de seis meses ya había recuperado la fuerza, velocidad y agilidad de su anterior cuerpo, estando preparado para comenzar a competir. Por supuesto, empezó en pequeñas competiciones para ir acostumbrando a su cuerpo al ritmo de juego e ir cogiendo confianza. Luego fue pasando a campeonatos un poco más serios, hasta conseguir el nivel de juego que quería. Al cabo de los doce meses había recuperado por completo su cuerpo, con algunas pequeñas diferencias puesto que se encontraba en un cuerpo diferente. Pero todos los cuerpos son iguales y apenas si hay grandes diferencias entre dos que estén sanos.

Desde Londres se inscribió en el campeonato local de su ciudad, que se celebraría justo el día después de su retorno a casa.

Sus padres fueron a recogerle a la estación de autobuses. Tardaron en reconocerle, puesto que Eduardo amén de cambiar la constitución de su cuerpo también había cambiado su estilo de vestir. Fueron a casa y estuvieron hasta altas horas de la noche hablando de las experiencias vividas en el extranjero.

El destino, o quizás el demonio encargado del cambio de cuerpo, enfrentó en el primer partido de la competición a Eduardo contra Ramón. Eduardo no tuvo ningún problema en ganar a un contrincante que apenas si podía levantar la raqueta.

Ramón, al igual que su compañero, había recuperado su antiguo cuerpo. Sólo el primer día fue a entrenar, confiando en su capacidad llegó a la conclusión de que alguien como él no necesitaba tiempo que perder con esas tonterías de entrenamiento. Abandonó por completo la dieta y se dedicó a estar tumbado en el sofá delante del televisor con una bolsa de patatas en una mano y un refresco en la otra. Rápidamente fue ganando peso, y sus músculos perdiendo la fuerza, velocidad y agilidad que un día tuvieran. Además, con su mala suerte tropezó lastimándose de nuevo la rodilla. Según el médico no era nada y si cojeaba era porque él quería, pero sabía que tenía la rodilla destrozada y apenas si podía andar.

Ramón, después de haber perdido el partido, solo en su habitación se lamentaba de su situación, de la mala suerte que tenía. Sabía que era mucho mejor que Eduardo, pero nunca podría demostrarlo por culpa de su maldita rodilla. Imploraba de nuevo por otra oportunidad, lloraba, gemía, se retorció, pero esta vez el ángel o demonio pareció no compadecerse de él.

Y desde entonces todas las noches sus vecinos pueden oír salir de la habitación un gemido que parece decir:

- Concédeme otra oportunidad, por favor, concédeme otra oportunidad. Quiero demostrar lo que valgo.

Autor: AMLP